

# Powerful I: Soloquieroquemequieras.

Mireia Oliver



Image not found.

# Capítulo 1

*A todas esas personas que me han seguido desde el principio.*

*Mil gracias.*

## Capítulo 2

*«Un libro abierto es un cerebro que habla;*

*Cerrado un amigo que espera;*

*Olvidado, un alma que perdona;*

*Destruído, un corazón que llora.»*

**—PROVERBIO HINDÚ.**

## Capítulo 3

### **PRÓLOGO.**

Me despido de Cloe, mi mejor amiga de la infancia, para no volverla a ver en mucho tiempo. Va a serme difícil, pero tendré que soportarlo. Me encamino hacia la terminal. Las lágrimas se precipitan por mi cara, cual cascada sin parada. Huérfana. Hacía dos semanas que era huérfana de padre. Y de madre también, ya que lleva ignorándome desde entonces. Arrastro la maleta por el suelo de linóleo, detrás de mí. Dejo atrás Crawley, Inglaterra, para volver a mi país de origen, España. ¿Lo peor de todo? Es que con la muerte de mi padre, mis recuerdos se han ido al garete. No recuerdo nada de mi pasado. Absolutamente nada. Es como si hubiese hecho un reseteo de mente, o una limpieza, para dejarme vacía. Recuerdo mi nombre, y porque me lo estoy recordando a todas horas.

—Última llamada al vuelo de British Airways, con destino Valencia. —Dice una mujer por radiofonía, en inglés. Ríe por la forma en la que pronuncia «Valencia».

Facturo la maleta y subo al avión, haciendo así oficial mi ida. A mi lado, un joven me observa de reojo. Intento con todas mis fuerzas pero no surge efecto. El chico no aparta la mirada de mí. Me revuelvo, incómoda, en el asiento. Miro hacia él de nuevo, y éste me sonrío. Frunzo el ceño, confusa. ¿Y si es alguien que conozco? Sacudo la cabeza y me enfundo los auriculares en las orejas. Me agacho y rebusco en el bolso de mano, hasta dar con el e-book que llevo siempre encima. Antes de que pueda encenderlo, una azafata al fondo del vehículo pide que permanezcamos en los asientos y nos abrochemos los cinturones, mientras señala una luz situada sobre su cabeza. «This Is What You Come From», de Calvin Harris y Rihanna resuena en mis oídos, mientras ejecuto la acción. En cuanto levanto la cabeza me encuentro de frente con el chico.

—¡Joder! —Exclamo en español. El chico, lejos de mirarme confuso por el cambio de idioma, se ríe.

—Ainara, deberías de dejar de blasfemar. —Dijo, indicando con un gesto que quería pasar.

Le cedo el paso, apartando las piernas, cuya longitud hace que toquen con el asiento de delante. Le sigo con la mirada hasta que se deja caer en el asiento. Aún así, no aparto los ojos de él. Es alto, de constitución fuerte. Moreno, de ojos marrones y labios finos. Bajo la camiseta puede advertirse un tatuaje de una rosa, en el bíceps izquierdo, el más cercano a mí. Como acto reflejo, comienzo a mordirme las cutículas de los dedos. Él, al darse cuenta, me aparta con delicadeza la mano de entre mis labios, para negar con la cabeza después. Me aparto uno de los auriculares de la

oreja.

—¿Cuántas veces he de decirte que no lo hagas? Podrías hacerte daño.

—¿Quién eres? —Suelto de pronto. Él, sonrío.

—Soy Ian. —Se encoge de hombros.

—Vale, eso no aclara mucho, ¿sabes?

—Pues debería.

—Pues no lo hace. —Reitero.

—Qué lástima. —Dice él, con fingida pena.

Me cruzo de brazos y miro al frente. Él, con ánimos de molestarme, coge el auricular que cuelga sobre mi pecho y le da vueltas frente a mi cara. Con un movimiento rápido le detengo la mano, cogiéndolo por la muñeca. Le arrebató el auricular de la mano y me lo coloco en la oreja, impasible. El avión empieza a despegar y me cojo con fuerza al asiento. Ian, a su vez, me coge de la mano, apretándola con suavidad, como infundiéndome ánimos. Lo miro con el ceño fruncido y él sonrío.

—¿Qué haces?

—Sé que te pones muy nerviosa cuando volamos. Y que esto te reconforta. Haz el favor de no estropear el momento, rubia.

Me quedo estupefacta, mirándolo. Observo cada facción de su cara. Seguido, me observo en el reflejo que me ofrece la ventanilla que está a mi derecha, tras salvar el asiento de Ian, y otro donde hay un hombre desconocido. Cara ovalada, cabello rubio y lacio, labios gruesos y cejas prominentes, son los rasgos que me devuelve el reflejo. Lo miro de nuevo y encuentro ciertas similitudes. Me muerdo el labio inferior, pensativa.

—¿Cuál dices que es tu apellido?

—No lo he dicho. —Dice él, soltándome la mano.

La luz se apaga, dando la señal para desabrocharse los cinturones.

—¿Podrías decirlo?

—Crossfire.

Ian clava sus ojos oscuros en los míos, cuya tonalidad es parecida a la suya. Sonrío de lado. Subo el volumen de la canción y enciendo el e-book,

soltándole la mano. Él sigue observándome, buscando algún símil de que he entendido el significado de su apellido, pero no muestro signo alguno. Me interno en la lectura, hasta acabar con el libro que tenía empezado. Al levantar la vista, veo que ya es de noche, y que queda aproximadamente media hora para llegar a nuestro destino. Ian duerme plácidamente, con la boca abierta y la cabeza apoyada en el respaldo del asiento, mirando hacia arriba. Sin hacer movimientos bruscos, traslado uno de mis dedos hacia su cuello, emitiendo una pequeña chispa contra su piel. Él, enseguida, pega tal salto del asiento que tira todo aquello que está a su alrededor por los aires, incluido un vaso de coca-cola, que acaba en la cabeza calva del hombre de la quinta fila, tres frente a nosotros. Mi risa, como si estuviera emitida por un megáfono, resuena por todo el vehículo. Ian, nada contento, me fulmina con la mirada y hago cara de inocente.

—Me las pagarás, pequeña demonio.

—Sí, claro. —Repondo, con burla.

—No lo dudes. Tenemos un duelo pendiente.

—¿Cuándo se ha dicho que tengamos uno?

—Ahora mismo. Te reto a duelo en cuanto pisemos Valencia, Ainara Crossfire.

—Como desee, señorito Ian.

Nos damos la mano, firmando un pacto con pocas posibilidades de cumplirse.

## Capítulo 4

### **UNO.**

Cierro la puerta de mi habitación, quedando dentro. Echo el pestillo y, por si acaso, coloco una silla bajo el pomo. Me separo unos pasos, mirando hacia ella. Acto seguido, me coloco en el centro de la sala, donde Ian está esperándome.

—¿La has asegurado bien?

—Pues claro. ¿Qué te crees, que soy idiota? —Me crucé de brazos, indignada.

—¿En serio quieres que te diga la verdad? —Preguntó mi hermano mayor, con burla.

—Adelante. Pero cuidado, tal vez salgas chamuscado.

—Que más quisieras poder alcanzarme con tus rayos insignificantes.

—Yo, al menos, tengo poderes.

Ian se ríe, con ganas. Se acerca a mí, con paso presto, acorralándome contra la pared. Me coloca el brazo en el cuello, con la presión suficiente como para dejarme respirar a duras penas. Aprieto los dientes y lo miro a los ojos, con furia.

—Pocos reflejos. ¿Así pretendes enfrentarte a los sorcerers?

—Para algo te he pedido ayuda, ¿sabes?

—No entiendo porque tú eres la... —Deja la frase en el aire, sin pronunciar la última palabra.

—¿La qué, Ian?

—Nada.

Se separa de mí, dando dos pasos hacia atrás. Coloca los brazos en jarras, observando mi cuerpo y pone mala cara. Ladeo la cabeza y frunzo el ceño, atrapando mi labio inferior entre los dientes, confusa.

—Te falta mucho, mucho entrenamiento. —Concluye él, mirando hacia la puerta.

La voz de mi madre resuena por la casa, llamándolo. Ian, sin embargo, la ignora. Se coloca en el centro de la sala, sin ningún objeto alrededor. Me insta con la mano a que me acerque a él, y lo hago cautelosamente.

—Vale, Ainara. Vamos a empezar con lo sencillo. ¿Con cuantos poderes has estado en contacto?

—Pues... Emma tiene poderes psíquicos, Marta tiene la capacidad de controlar elementos y Valeria controla el tiempo.

—Perfecto. Pero te olvidas de Álex y Cloe.

—Álex y Cloe... —Suspiro—. Hace muchísimo que no los veo.

—Que haga tiempo que no los ves, no significa que no puedas haber adquirido sus poderes.

—¿Crear campos de fuerza y volar? Te digo yo que si los tuviera, me habría dado cuenta.

Ian se acerca a una pizarra blanca colgada en la pared, destapa el rotulador y se dispone a escribir los nombres de cada uno y sus respectivos poderes. Una vez hecho, se aparta y observa sus trazos de tinta, pensativo.

—Eso vamos a comprobarlo ahora mismo.

Con el rotulador tapado, señala a Valeria y me alienta a que intente desarrollar el poder. Miro con fijeza el reloj e intento hacer lo mismo que ella, sin éxito. Lo intento de nuevo, pero obtengo el mismo resultado. No hay manera de que reproduzca el movimiento de ojos que hace ella. Ian se acerca de nuevo a la pizarra y marca el nombre de Valeria, subrayándolo. Chasqueo la lengua. Ian señala a Marta. Al lado de ésta escribe los cuatro distintos elementos: Tierra, fuego, agua y aire. Se acerca a la ventana y la abre, permitiendo así el paso del aire. Abre una botella de agua que había en el escritorio y la deja abierta a mis pies. Junto a ésta, deja una pequeña planta que suele estar en el alféizar de la ventana, y por último, enciende una vela.

—Adelante. —Me anima él.

Con sumo cuidado, me agacho hasta quedar sentada frente a los tres objetos. Con un movimiento de mano, entra una ráfaga de viento en la habitación que apaga la vela, vuelca la botella de agua, que detengo con la otra mano, sin tocarla, impidiendo que el líquido se desparrame por el suelo, y consigo hacer que el agua a punto de extenderse por el suelo,



riegue la planta.

—Dos de cuatro. No está nada mal.

Dicho esto, Ian apunta la fracción en la pizarra. Aún sentada en el suelo, observo los movimientos de mi hermano. Quien sin previo aviso, me lanza el rotulador a la cara. Y para mi suerte, consigo detenerlo en el aire, con sólo extender un brazo con la palma de la mano abierta.

—Campo de fuerza, Ainara. Dominas el poder de Álex.

Cierro la mano en un puño, haciendo que el rotulador caiga al suelo. Bajo la mirada al suelo, recordándolo. Álex era mi mejor amigo, desde que éramos muy pequeños, pero que ahora estamos separados por miles de kilómetros. Él, lejos de trasladarse a España, como Ian y yo, se quedó en Crawley, junto a su familia y su hermana adoptiva Cloe, quien a su vez era amiga mía también. Ambos pertenecen al linaje de los powerful, como Ian y yo. Aunque él se empeñe en decir que yo soy distinta. Distinta al resto de chicos con poderes. Distinta a él. Pero no a nuestro padre, ni a nuestra abuela. Pero que, sin embargo, él sí dista de nosotros.

—¿Seguimos, o te quedas ahí mirando al infinito?

—Seguimos. —Digo, con determinación.

Me levanto y con el poder de la mente, devuelvo cada objeto a su sitio. Ian me observa en completo silencio, asintiendo. Se gira hacia la pizarra y dibuja un tick al lado del nombre de Emma, con el rotulador que yo previamente le he devuelto. Mi hermano señala el último nombre en la lista. Cloe.

—No puedo volar, Ian.

—Nunca digas que no puedes sin intentarlo.

Con concentración y los ojos cerrados me centro en elevarme del suelo, pero me es totalmente imposible. Lo intento una serie de veces más. Unos golpes en la puerta me desconcentran por completo.

—¡Ian Crossley García! —Exclama mi madre, al otro lado de la madera—. ¡Sal de ahí ahora mismo!

El aludido rueda los ojos y resopla. Se acerca la puerta y señala la silla, pidiéndome que se la quite. Pero en cuanto voy a acercarme para hacerlo, niega con la cabeza. Suspiro y la retiro con los poderes psíquicos, arrastrándola por el suelo hasta colocarla en su sitio. Acto seguido retiro el pestillo con sólo pensarlo y sonrío. Ian asiente, infundándome ánimos con

una sonrisa.

—Sigue trabajando, rubia. Igual de aquí tres mil años lo consigues.

—Idiota.

Me guiña un ojo y sale de la habitación, al encuentro de mi madre. Cierro la puerta de nuevo, sin pestillo ni silla y me acerco a la pizarra. Observo la perfecta caligrafía de mi hermano, la forma de escribir cada letra con semejante pulcritud. Destapo el rotulador y bajo la lista de nombres, escribo «Ian», y seguido, un interrogante. Me separo unos pasos y me siento en la cama, sin quitarle la mirada a la superficie blanca.

«Eres la elegida, Ainara»

Miro a mi alrededor, en busca de la procedencia de esa voz grave y rasgada. Pero no hay ni rastro de una segunda presencia en la estancia. La voz no vuelve a pronunciarse, aunque el hecho de estar sola en la sala se me antoja, de repente, espeluznante. Intento abrir la puerta, a medida que me acerco, sin usar las manos, pero ésta no cede. Y aún llegando hasta ella, y accionándola con la mano, la acción parece imposible.

Empiezo a perder los nervios. Miro a mi alrededor de nuevo. Pero más allá de las estanterías repletas de libros, mi cama apoyada en la pared, el escritorio repleto de hojas y libros de texto y el armario, no hay nada más en la habitación. Sin embargo, el ambiente está cargado de algo que no había sentido antes. Un leve cosquilleo me recorre el cuerpo, convirtiendo mis nervios en electricidad. Ondas recorren cada falange de mis dedos, deshaciéndose en el aire.

—¿Ainara? —Dice Ian desde fuera—. Abre la puerta, anda, que soy yo.

—No puedo. —Digo con voz temblorosa.

La tensión se va acumulando en mi sistema, haciendo que mis pulsaciones vayan en aumento, que la electricidad fluya cada vez con más fuerza y rapidez por mi cuerpo, asemejándome a una central eléctrica de más de cien voltios. Cualquiera que me toque en este instante, moriría de inmediato. Por ello, intento cerrar el pestillo con la mente, pero la tengo tan embotada por la tensión, que es totalmente imposible que algo suceda.

«Pequeña, pequeña... Quien juega con fuego, se quema.»

Miro a mi alrededor como puedo, por tercera vez en menos de diez minutos, pero siento tal debilidad, que no sé si lo que veo es real o no. Una especie de nebulosa oscura flota cerca de la ventana abierta. La recorro con la mirada, reparando en las dos esmeraldas que tiene por

ojos, de un verde tan intenso que podría cegar a cualquiera.

Caigo de rodillas al suelo, presa de un desfallecimiento. La electricidad va remitiendo de mi cuerpo, y cualquier poder adquirido queda en desuso. La nebulosa se acerca a mí, con tranquilidad, como si se alimentara de mi desgracia. Intento levantarme, pero me es imposible.

—¡Ainara! —Exclama Ian desde el otro lado de la puerta—. ¡Deja de hacer estupideces y abre la puerta!

Por mucho que quiera, me veo en la incapacidad de responder. Dicha nebulosa está ya cerca de mí, cuando unos golpes de una intensidad sobrehumana están a punto de tirar la puerta abajo. Sin embargo, mi vista no puede apartarse de semejante forma etérea. De su oscuridad y sus brillantes ojos esmeralda, cuyo contraste confunde en demasía a cualquiera que la observe más de treinta segundos seguidos.

—¿Qué quieres de mí? —Susurro de forma casi ineludible.

«Nada.»

Frunzo el ceño con las pocas fuerzas que me quedan. Otro golpe hace retumbar la habitación entera, sin embargo, la puerta no cede ni un milímetro. La voz histérica de mi madre resuena por el fondo, advirtiendo que si se dá otro golpe semejante, acabamos ambos fuera de la casa. Intento incorporarme, de forma que quedo sentada con la espalda apoyada en el armario. La nebulosa no se mueve de sitio. Queda frente a mí, a escasos metros, flotando en el aire, como si fuera lo más normal del mundo.

«No soy un ser maligno, aunque no lo creas.»

—No, no lo creo. —Murmuro—. Tu presencia me debilita.

«Es algo que tenemos que trabajar, entonces.»

—No sé si quiero verte más. No creo que hablar con un ser etéreo sea lo más normal del mundo.

Una risa grave resuena en mis oídos. La nebulosa, antes de desaparecer de la misma forma en la que ha aparecido, me advierte que puede aparecer en cualquier momento, en cualquier lugar y en cualquier situación. En cuanto ésta desaparece, la puerta se abre sola, como por arte de magia. Pero, a pesar del poco tiempo que llevo en el mundo, sé que las casualidades no existen, y que la magia tampoco. E intuyo, que ese ser etéreo, va a causarme más problemas y desgracias que alegrías.

—¡Ainara, por el amor de Dios! —Exclama Ian al verme—. ¿Se puede saber que te ha pasado?

«Recuerda, Ainara. Yo no he estado ahí»

—No lo sé. —Miento.

Mi hermano mayor me observa con gravedad, como si estuviese tratando con una enferma de psiquiatría y tuviera que cuidar de ella, para que no se autolesionara. Intento levantarme del suelo, pero a punto estoy de caerme de boca. Ian me coge por las axilas y me arrastra hasta la cama. Una vez allí, me tumba en ésta, con la cabeza bien colocada sobre la almohada. Una vez hecho, se arrodilla a mi lado, cogiéndome una mano.

—Lo siento, rubia. Lo siento mucho. No debería haberte hecho practicar tantos poderes.

—No ha sido culpa tuya, Ian.

—Aún así, lo siento.

—Está bien.

Ian me acaricia el pelo, desde la raíz hasta las puntas, con suavidad y tranquilidad, hasta que lentamente se me van cerrando los ojos, hasta quedar sumida en la oscuridad, en los brazos de Morfeo.